

# VACACIONES DECISIVAS

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

# Capítulo 1

## Vacaciones decisivas

No sé porqué me quedé mirando al mar en aquella tarde de nubes que presagiaban tormenta, tal y como habían anunciado los que tratan de tú a tú con estos fenómenos de la Naturaleza, a los que saben verles las intenciones mediante fórmulas matemáticas complejas y mucho antes de que los elementos se alíen para armarla.

Para mí sólo eran nubes oscuras que agrisaban un mar que, por la mañana, apareció de un azul intranquilo porque a su modo, también esa inquieta masa de agua que se adaptaba mediante empujones regulados a los contornos de la tierra firme, barruntaba ya lo que se venía acercando por arriba.

Elena continuaba nadando a pesar de los anuncios, porque el agua seguía caliente. Sentado en mi silla plegable, noté un airecillo fresco que me hizo replantearme la necesidad de ponerme una cazadora ligera que había dejado en la bolsa y que no me había hecho falta cuando llegamos, tras levantarnos de la siesta.

Ella disfrutaba en el agua, ya fuera la del mar, o en la piscina del hotel. En cambio yo, con mi habilidad para no conseguir moverme del sitio intentando nadar a pesar de todos mis esfuerzos, la odiaba y me limitaba a cumplir con el ritual de cada día: entraba al mar, me mojaba, hacía amagos de natación, y me volvía a salir.

Me gustaba más caminar por la orilla, dejando que los restos de las olas fueran mojando mis pies medio hundidos en la arena, al morir. Pero como eran un incansable ejército hecho de agua adornadas de encajes..., pues muertas unas, eran sustituidas por las siguientes.

Y allá iba y volvía Elena, nadando, como si no existiera el cansancio para ella cuando, en ese momento, su teléfono que tenía sobre la ropa guardada en su bolsa de la playa, vibró. Un parpadeo azul, indicaba que acababa de llegar un whatsapp. Otro whatsapp que, fijo, sería de él. Tuve la tentación de comprobar si era así, pero no quería que ella me pudiera ver manipulándolo, y que siguiera creyendo así que yo no sabía nada de su relación con ese hombre del que sólo sé que se llama Rafael, aunque en sus contactos aparezca como Marta Blasco.

Ya hace seis meses que descubrí quién era realmente esa tal Marta, cuando por una curiosidad basada en mi sospecha de que Elena tenía un amor oculto, o quizás sólo una pasión oculta, abrí un whatsapp que le

llegó, aunque me tranquilizara algo al ver que procedía de una mujer.

Cuando comencé a leerlo, no podía creerme que esa mujer le pudiera mandar mensajes con una parte de texto cariñosa, al que le seguía otra parte tan cargada de pasión explícita. Tampoco, el que Elena se hubiera podido enamorar de la remitente, tan fogosa en lo que le decía. Enseguida comprendí que no, que el que escribía aquello era un hombre. Eché para atrás los whatsapps de los últimos envíos que comenzaban en el mes anterior, suponiendo que los previos al primero que aparecía habrían sido ya borrados porque no había una progresión en la pasión que desbordaban, sino que partían los guardados que iba leyendo, con toda la intensidad pasional.

No entendía nada, en ese momento en el que acababa de descubrir su infidelidad. Palabra ésta que nunca me había gustado porque da a entender que ser fiel es una obligación y no el resultado de la libre decisión de serlo o no. Se suponía que tanto ella como yo, habíamos elegido sin condiciones el estar y seguir juntos, no porque hubiéramos firmado un documento de matrimonio, sino porque era lo que deseábamos. Y que, igualmente, éramos libres para no necesitar a nadie más, o sí, sólo que habíamos elegido el no.

Entonces me di cuenta que, ella, usando de su libertad no cuestionada, había entregado un nuevo sí a otro hombre, pero sin decirme que me estaba compartiendo, o que me fuera a dejar por él. Quizás porque tanta sinceridad, además de hacer daño al que la recibe, te impide también nadar y guardar la ropa.

Todo mi mundo de confianza plena en ella, se me vino abajo. Y cada cosa que hacía o me decía, comenzó a hacérseme insoportable y asfixiante. Pero en el fondo, como la seguía queriendo igual que antes, deseaba que aquello fuera algo pasajero y que llegaran a acabarse los whatsapps de Marta Blasco que yo le iba controlando cuando se descuidaba, convencida como estaba Elena de que yo seguía sin enterarme de nada. Así que les vigilaba casi todos los pasos que daban y de las mentiras que me contaba cuando volvía a casa, conociendo de antemano que esa tarde habían quedado, "donde siempre". Pero la seguía queriendo y estaba atrapado en ese amor a pesar de la fuerza centrífuga de mi decepción.

Nuevamente, su móvil sonó con la llegada de otro whatsapp, al que se enlazaron dos o tres, seguidos. Vaya, estaría animado el hombre, hoy.

Lo miré parpadeando con insistencia y, como si ella lo hubiera oído desde el agua, la vi venir caminando con dificultad para subir la última rampita que las olas habían ido haciendo al romper en la arena.

Caminaba hacia mí mientras se estrujaba su melena mojada para quitarle el agua, y la verdad es que no era de extrañar que tuviera loco a su amante porque era una mujer espectacular. El brillo del agua en su piel, realzaba toda su sinuosa silueta donde todo eran curvas suavizadas a base de una carne tersa y bien distribuida, para evitar las esquinas en su cuerpo. Hasta el balanceo cadencioso de aquellas tetas que tan de sobra me conocía, llamaban mi atención. Qué guapa era la condenada.

"¡Ufff..., qué frío hace al salir, José! Dentro, se estaba muy bien", dijo liándose una toalla grande de playa en el cuerpo, y se sentó en su silla plegable que estaba situada al otro lado del bolso.

Yo, de reojo, vigilaba a ver qué hacía con ese teléfono que estaba llamándole la atención con su lucecita parpadeante, mientras ella fingía no tener prisa ni curiosidad por saber quién era.

Se recostó en la silla y, con la mirada perdida en la lejanía del mar agrisado, extendió la mano como sin querer y cogió el móvil. Seguidamente, y con un falso desdén, lo activó.

"¡Ufff..., qué frío hace al salir, José!", le dije a él cuando salí del agua, porque dentro de ella se estaba tan a gustito.

Mientras me enrollaba la toalla para no tener frío, miré el móvil para ver si tenía algún whatsapp de Rafa y vi que brillaba parpadeando, reclamándome. José, se había abrigado y no se había percatado de los sonidos o lucecitas de mi teléfono, absorto como estaba contemplando el mar. Espero que no sean las del grupo de amigas diciendo sus tontadas de siempre. Cada vez necesito saber más de él y que me mande esos whatsapps tan pasados de tono que tanto me gustan cuando quiere hacerme notar cómo está por mí.

Ya no sé casi cómo empezó aquella relación con Rafa. Yo, trabajo en unas oficinas y él, también. Coincidíamos algunos días en el restaurante en que ambos íbamos a comer y notaba cómo me miraba. Me gustaba cómo se me comía con los ojos. Otros, también lo hacían pero, él, tenía algo especial que me atraía y me lo notaba. Hasta que un día, no se conformó con saludarme, sino que me invitó a que me sentara en su mesa.

No es que José y yo estuviéramos mal, no, sólo que todo era demasiado cotidiano, demasiado previsible y, yo, necesitaba un toque de color en mi vida, supongo. Rafael era osado, un hombre seguro de sí mismo que, lejos de hacerme sentir mal con su educada prepotencia, como se podría definir su actitud, me hacía sentir genial: yo era su centro de atención, en cuanto me veía. Y lo mismo me pasaba a mí cuando al entrar en el

restaurante, le buscaba.

Y un día, después de otros muchos de comer juntos, al terminar de tomar el café, cuando ya la conversación se fue calentando con frases de doble sentido y miradas penetrantes, me espetó:

"Vamos a un hotel en el que he reservado una habitación. Está cerca de aquí, y tenemos tiempo para seguir allí la conversación ésta. Ya vale de jugar y no avanzar. Te deseo". Eran justas las palabras que quería oír en ese momento. Y allá que nos fuimos.

Elena, ahora, miraba la pantalla absorta y casi, ni se cuidaba de ver si yo estaba mirando lo que ella hacía. No podía ver el contenido de los whatsapps, pero vi que había varios seguidos. Eran de Rafael, seguro, porque los de sus amigas, como solían ser sólo memeces y videos que se mandaban unas a otras, los solía borrar sin llegar a mirarlos. Estos, no. En estos, no apartó ni un momento sus ojos negros de la pantalla. ¿Qué sentía ahora? ¿Qué le daba ese hombre del que yo sólo sabía que se llamaba Rafael? ¿Hasta cuándo iba a poder soportar esta tensión de amar a quien no me amaba, o no me amaba como a ese hombre? Seguía confiando en que si sólo había deseo, que él se cansaría un día de repetir pasiones en cada encuentro, sin más variaciones sobre el mismo tema y le llegara a decir que no podían seguir, que no era lo que él se había imaginado, que quería continuar con su mujer (si es que la tiene, que no lo sé) porque ella no se merece que le haga esto y que, tú, tampoco puedes poner en riesgo tu matrimonio por algo que no tiene futuro y bla..., bla..., blá.

La excusas de siempre para las historias de siempre. Y a por la siguiente, si surge, pensaría Rafael cuando Elena aceptara entre sollozos contenidos que aquello había llegado a su fin y que mejor regresar a puerto seguro: que sería, yo.

Oculto tras mis gafas de sol, miraba de reojo cómo Elena se ponía a escribir para contestarle. No podía leer lo que iba escribiendo pero sí, el corazón rojo y grande que le mandó al final del texto. Apagó la pantalla y me pareció ver que en su boca se dibujaba una sonrisa cuando se reclinó para relajarse sobre el respaldo alto de la silla de la playa.

En medio del murmullo de las olas, del griterío de los niños que corrían jugando, o de los que pasaban charlando entre ellos, apenas se oyó el nuevo "clink", y su teléfono dio un respingo luminoso. Elena, se giró disimuladamente para comprobar si yo lo había oído y, sin más, activó el móvil y abrió el whatsapp. No tuvo que leer nada porque era sólo el emoticono de un diablillo rojo usado para despedirse de ella, como un recordatorio de que la seguía deseando. Volvió a sonreír, lo borró y apagó el móvil. El vientecillo suave y fresco, movió los cabellos que tenía sobre su cara y su boca relajó la sonrisa. Cristalitos microscópicos de sal, hacían

brillar la piel de su cara. Se recolocó la toalla hasta el cuello y dejó caer la cabeza hacia mi lado. Abrió los ojos un momento, me miró..., y los volvió a cerrar, indolente.

Cómo me pone este Rafa, qué cabrón. Y lo sabe. Si lo pillara hoy, no sé lo que le haría. Bueno, sí que lo sé: le haría... lo que más me gusta que a él le guste. Pero nos viene bien alejarnos estos días en los que estemos JÓse y yo, en la playa. Se está bien aquí los dos, tranquilos, y sin tener que estar inventándome excusas para llegar un poco más tarde a casa, o irme de tiendas nada más que abren, a la tarde.

Y seguro que, cuando nos reencontremos otra vez, va a ser el Rafa que me vuelve loca teniéndolo encima. ¡Vaya..., hace fresquillo con este viento! Tapada hasta el cuello se está mejor. Y el móvil, sin decir ni pío. ¿Qué estará haciendo este Rafa, si dice luego que no puede pasar sin mí?

JÓse..., parece que se ha quedado dormido. Menos mal que lleva la chaquetilla esa puesta que, si no, se iba a quedar helado. Aunque no sirva de excusa para esta doble vida que llevo..., me hace duelo. Pero ya no sé cómo salir de este embrollo de amor en el que me he metido.

¿Qué pasaría si un día, JÓse, descubriera lo mío con él? Qué palo, supongo. Ya sé que él no se mete en mis cosas ni en lo que hago o dejo de hacer pero, un error se puede cometer en cualquier momento.

Sé que esto no tendría que haberlo comenzado, que no me debería haber sentado a su mesa y, menos, aceptar su invitación al hotel, ya lo sé. JÓse es buen tío y no se lo merece, me lo digo siempre..., pero llevamos así ya casi un año. Pero cómo cortarlo si cada vez más necesito ese rato que nos concedemos en la habitación, que es la misma de siempre, como si fuera ya nuestra casa. Y allí, me transformo. O me transforma. Y aunque nunca añade "te quiero" a todas las otras cosas que me dice cuando lo pongo fuera de sí, me llena y me engancha. Pero algún "te quiero" sí que me gustaría oírle, aunque no sea verdad.

El sol, apareció tras las nubes que se iban distanciando unas de otras, y volvía a calentar el ambiente en aquella playa. Parecía que la tormenta o la lluvia, anunciadas, se estuvieran disipando. También el viento se alió a la bonanza derivando en brisa con fragancias de sal.

Elena reaccionó a ese intento de calor del sol, deshaciéndose de la toalla porque comenzaba a sentir algo de agobio y quería, sobre todo, ponerse morena. Cada día, tras la ducha, se contemplaba en el espejo para ver cómo sólo las zonas que cubrían las dos piezas mini de su bikini, se quedaban blancas. Le daba morbo verse así, porque sabía que a Rafa le gustaba ese contraste de colores que la vestía en su desnudez resaltando

lo importante, y guiaba a su boca en la penumbra de la habitación.

"¿En qué piensas?", me ha preguntado Elena al ver que estaba serio mirando al horizonte sin ver nada. Le he dicho que en nada. Pero sí que pensaba en todo. Pensaba en mis celos, y en ella. Y en el Rafael ése que me la podría quitar... del todo. Me jode, porque no es que me la quitara como si de un rapto se tratara, sino porque fuera algo cuya decisión sería de Elena. Si la raptara, la policía podría solucionarme ese problema de quedarme sin ella, pero así..., ¿a quién le puedo pedir cuentas? Yo quiero que Elena me pertenezca a mí, pero porque ella lo necesite. Sigue siendo la mujer de mis sueños y, yo, intento que se me note que la quiero, que estoy por ella, pero no puedo ser otro que yo mismo. No puedo ser Rafael, ni darle lo que él le da, que será mucho en poco rato, no digo que no, pero mi dar es diario, no un rato sólo para que ella encuentre una ilusión que la mantenga más viva.

Si no se hubiera cerrado en banda con lo de que ahora todavía no es momento de tener algún hijo (dos, quería yo) porque estaba en un buen momento de su carrera profesional y no quería ataduras, pues seguro que esto no nos habría pasado. Los hijos pequeños son la ilusión, la verdadera, la que cuenta hasta el final de nuestros días y... las otras ilusiones, como la que tiene ahora con ese hombre..., se le pasará. Sólo es cuestión de tener un poco paciencia. "Dar cordel" que se dice, para que ella y su condición femenina exploren la vida y decida al final que como en casa, en ningún sitio.

Hace un mes cumplió 32 años y ya sería hora que pensáramos en serio en lo de que fuera madre. Si no, cada vez le dará más pereza. Pero antes, tiene que resolver de quién querría que fueran sus hijos. Y demasiadas veces, eso no se decide tras un acto voluntario y racional, sino porque el cántaro se ha roto de tanto ir a la fuente. Dos fuentes, en este caso.

Me agobia pensar que un día de estos, me dijera en plan sorpresa: "¡Cariño..., estoy embarazada, lo que tú querías...!". ¿Cómo disimular mis dudas, con toda lógica, de que si "eso" sería hijo mío? No, no, no..., yo no deseo sentir algo así y llevar una duda como ésa para toda la vida porque, si no le digo nada sobre que soy conocedor de su relación con Rafael..., tampoco le voy a pedir que le hagan al niño la prueba de paternidad "sin ningún motivo", digo yo. Y el niño acabaría pagando el precio de mi resquemor en forma de una barrera invisible que me separaría de él, sin darme cuenta.

Eso no sería como adoptar a un niño que sabes que no es tuyo, pero que lo vas a querer igual que si lo fuera, porque todas las circunstancias importantes están conocidas y sin dudas. Pero no se puede fingir toda la vida que sabes que pudiera no ser tuyo sin decir "lo imaginaba", o "lo sabía", sintiendo a la vez que Elena podría estar pensando que también en ese tema me la había colado. ¿Hasta dónde debo de sacrificarme en su

amor por ella?

Pero un niño..., nunca debe pagar las consecuencias de ser él otra consecuencia de nuestras vidas. Así que, así..., no: mejor, esperar y confiar en que ella encuentre su camino bueno, en mí.

La miro ahora, sentada en la silla, con sus ojos cerrados, tan guapa y con ese cuerpo que parece que toda su fisiología sólo tuviera, como única finalidad, la de gustar a los demás. Si yo fuera ella, con esas tetas que tiene tan chulas..., tomaría el sol en top less. No sé porqué no lo hace con lo presumida que suele ser para todo. Será..., que le da corte.

"¿Hasta qué hora quieres que estemos aquí? Lo digo porque ahora se está muy bien, ¿no? También podríamos ir a pasear, por hacer algo distinto. ¿O te quieres bañar otra vez?", le preguntó José a Elena, que seguía sentada y aparecía refugiada tras sus gafas Ray-Ban de piloto de caza.

"No..., no..., bañarme no, no me apetece. Se está bien aquí pero..., sí, podríamos ir paseando un poco y así me da el sol también por detrás. Anda, entonces..., dame un poco de crema solar por la espalda", le dijo Elena, incorporada ya de la silla y rebuscando el bote de Coppertone en la cesta. Así que le extendió la crema por la espalda que para él fue, acariciarla.

Elena, se colocó una gorra de visera tipo de militar americano, se sacó el pelo hecho coleta, por detrás, cogió el móvil y le tendió la mano para que José se la cogiera, preguntándole:

"¿Vamos?"

Jóse, la miró y no le contestó porque estaba pensando: "Joder, qué guapa está, parece una modelo...".

"¿Que si vamos...?", insistió ella.

"Sí, sí..., vamos", le contestó él saliendo de su ensimismamiento. Y arrancaron. Y así, anduvieron un rato en silencio.

"Esto..., quería preguntarte una cosa, Elena, que no sé porqué lo he estado pensado en estos tres días que llevamos aquí. Será, que tengo demasiado tiempo libre. Es..., si eres feliz. Conmigo, quiero decir", le preguntó con miedo a que en la conversación, y sin desear que ocurriera, acabara soltándole que sabía de su relación con Rafael.

"¿Y a qué viene esto ahora? Pues claro que soy feliz contigo. Si no fuera así, no estaríamos juntos, ¿no crees?", le contestó mirándolo extrañada. "¿Me notas algo raro, o qué?", le preguntó finalmente dudando si es que

él pudiera saber algo de lo de Rafa. Elena, inconscientemente, apretó con su mano el móvil, como queriendo decirle: "Tú, calladito ahora".

"No...; bueno, sí...: que últimamente, estás como más ausente, como si estuvieras pensando en otras cosas y como si desearas que yo estuviera menos presente en tu vida. No te puedo dar un ejemplo concreto de esto porque es más la suma de muchos pequeños detalles que diferencian tu actitud para conmigo de antes, a como la que siento ahora.

Antes, apenas me rechazabas cuando quería hacerte el amor, ya sé que no te gusta esta expresión tan anodina pero es que..., ahora, en los últimos meses... ¿cuántas veces me has puesto excusas que antes no empleabas? Iba a decirte, "piénsalo", pero yo creo que tú sabes de sobra que te está pasando eso. Y no creo que nos encontremos ya en la fase ésa en que la pasión esté dando paso a la rutina, que sólo llevamos cinco años casados y viviendo juntos. Ya no pido tampoco como antes de casarnos, cuando teníamos que buscarnos excusas para parar tanto frenesí, porque tú has sido siempre muy animosa para estas cosas", y terminó ahí su disertación, para ver qué le contestaba Elena.

Ella, se quedó callada y notó cómo, José, le cogía su mano con más fuerza, como aferrándose a ella ante el miedo a que con esa duda que acababa de desenvolver para recordarle que él fue quien la vio primero, que él seguía queriéndola y necesitándola, aunque sin atreverse a decirle que lo sabía todo para que no se viera obligada a tomar la decisión bajo un imperativo con sólo dos opciones: "elige: o él, o yo", que se pudiera decidir por el "él", echándose en los brazos de un amante que, como la mayoría, no estaría chapoteando en ese triángulo para asumir responsabilidades, acabando como perdedores únicos en todo aquello sólo, ellos dos.

"No sé, José, igual sí que tienes razón en lo que me dices y lo hago de forma inconsciente, sin darme cuenta de tus necesidades y sólo atiendo a mi estado de ánimo que es quien me dice si me pongo en marcha, o no", le dijo Elena.

"O..., si aún te pongo en marcha..., o no, podría ser otra explicación. Ojalá sea la culpa de tu estado de ánimo que es algo que un día se puede volver a girar, apareciendo otra vez bocarriba. Ya se sabe que las mujeres sois más de letras y, nosotros, de ciencias, en lo relativo a nuestro comportamiento en el día a día, aunque sea sólo un tópico más.

Eres muy importante para mí. Tú, no eres un juego en mi vida, pero sé que debo de contar siempre con tu permiso para que no lo seas. Y también sé que el amor no se ruega, ni se concede, ni lo prolonga ningún documento. Sólo, se comparte. Y si no es así, estamos hablando de otra

cosa bien distinta aunque, de lejos, parezca lo mismo.

Así que no te voy a pedir que me quieras, porque no dependerá de tu voluntad. Yo, sí te quiero a ti. Bueno, supongo que ya te habrás dado cuenta, ya que no intento disimularlo. Y además de no pedirte nada, te voy a dar tiempo. Tiempo para que tengas la vida que necesitas y que uses de la libertad en ella para elegir lo que deseas hacer, sin obligaciones para conmigo si yo pretendiera imponértelas. Tengo confianza en mí mismo, y sé que soy tu mejor opción, aunque igual aún no lo tengas claro.

Sé mujer, o más mujer pero, cuando ya lo hayas sido y vivido tal y como ella te lo haya pedido, yo, también te pediré que te decidas. Y si soy el amor de tu vida, aquí estaré", y acabó discurso, con un brillo de emoción en sus ojos.

Jóse es un hombre apuesto, es inteligente y buena persona, eso..., ya lo sé. Y seguro que mucho mejor que Rafa en casi todos los aspectos. Entonces... ¿qué me da Rafa? Una o dos horas de pasión nueva, cuando nos juntamos. Pero le necesito y estaría todo el día leyendo sus whatsapps, cuando me dice en ellos todo aquello que yo quiero oír, y que me revolucionan de esa manera. Me encantan las guarradas que me dice cuando se pone loco por mí. Él es..., el trocito ése de cayena que te encuentras en la merluza al orio que tanto me gusta. No alimenta, ni aporta más que un trallazo picante a la parte importante de ese plato, que es la merluza, cuando las masticas juntas. Pero no puedes prescindir de ella: tal vez, porque en su combinación lo encuentras todo.

Si Rafa me llamara ahora mismo para decirme que está hospedado en un hotel de esta playa..., seguro que buscaría la mentira más absurda para acudir hasta él para que me siguiera engañando con sus palabras y me llenara de caricias que con Jóse no me sale hacerlas, ni necesito hacerlas.

Dice que me da tiempo, o que me tome mi tiempo, pero... ¿qué me está queriendo decir con..., hasta que se me pase este aparente "bajo estado de ánimo"..., o es que sabe algo? Quizás, saber..., saber..., no sepa nada y sólo sospecha cosas porque yo no soy la misma, ya lo sé, que siempre estoy ausente cuando estoy en casa, pendiente de la lucecita del móvil silenciado o mandando mensajes a mi imaginaria amiga Marta. También salgo más a dar vueltas por las tiendas, sin que le pida que me acompañe, como antes, volviendo siempre sin haber comprado nada.

Está claro: son demasiadas pistas de que algo me pasa, aunque no sea nada concreto y debo de actuar de otra manera, organizar mejor mi vida, aprender a decirle "hoy no, no puedo", a Rafa, cuando no pueda ser, en vez de forzar las excusas hasta lo imposible, aunque me diga que está que no puede más, que se vuelve loco por estar conmigo y que no se

concentra en el trabajo por mi culpa. Y me dice todo eso, y me niego a pensar que es el truco usado casi a diario para que yo baile al son que él y yo, me marcan.

"Pero, Cariño, JÓse, no pasa nada, no me tienes que dar tiempo porque tengo claro que tú eres y vas a seguir siendo el compañero en mi vida, es a ti a quien quiero, no tengo necesidad de rebuscar en mí para saberlo.

Es sólo..., que no sé muy bien lo que me pasa, momentos en que querría cambiar de vida sin pensar para qué, como si viviera en una constante insatisfacción cuando estoy bien y no me falta de nada. Seguro que si me detectaran una grave enfermedad, me despertaría a la realidad y le daría mucho más valor a todo lo que tengo contigo.

Así que no sufras por estas pequeñas cosas mías, estos cambios de humor que no trascienden más que de forma momentánea pero que en lo sustancial, todo sigue igual. Y siento que me quieres, es verdad, porque realmente no haces nada por disimularlo, como dices. Igual, yo sí debería hacerte saber que tú eres importante en mi vida. Importante..., y necesario.

Quizás hayas tenido razón cada vez que me has pedido que tengamos un hijo, o dos, mejor, porque los niños deben de tener hermanos. Niños que nos hagan ver la cosas con otra mente que no seamos la de nosotros mismos como única meta en la vida. Tal vez ya sea el momento de romper con la comodidad egoísta de nuestras vidas y nos volquemos en casi que sólo sentir por ellos. La cadena de la vida, es así, ¿no?. ¿Te gustaría que los tuviéramos?", le preguntó al acabar, dándole ese caramelo como se hace con los perros cuando quieres tenerlos contentos, o que levanten la patita antes del premio.

JÓse, titubeó con la pregunta, y le contestó:

"Oye, Elena..., tú... ¿no estarás embarazada y no me lo has dicho?", calló un momento, tomó aire como para superar esos sentimientos encontrados que se le acababan de producir dentro de sí tras ese ofrecimiento tramposo de ella y, siguió:

"No sé..., ya sabes que es algo que yo siempre he querido, me gustan mucho los niños y nos asientan como personas. Bueno, esto último no es el fin buscado, sino una consecuencia de la responsabilidad que se asume al tenerlos. Y yo sé que sería una solución para esto que nos está pasando. Eso creo.

Pero no sería justo que nos valiéramos de ellos, para solucionar nuestros problemas. Mejor, hagámoslo al revés: solucionemos primero nuestros problemas y después..., tengámoslos. Aunque me resulte muy tentadora tu propuesta, creo que debemos esperar ese poco que te pido y

que te doy de tiempo, hasta que tú misma sepas en qué lado estás. Creo que me entiendes".

Creo que sí, que le estoy entendiendo y es lo que debo de asumir: que lo sabe. Pero mientras ninguno de los dos lo nombremos y nos refiramos a ello con vaguedades..., tendremos las puertas abiertas para resolverlo. A veces, una verdad demasiado cierta, nos cierra el paso, nos enfrenta a nuestros miedos y prejuicios, dejándonos sin salidas. José me quiere y, sin reproches ni coartar mi libertad, me está dejando espacio para un aterrizaje suave, para pasar página sacrificando a Rafa.

Sacrificar, a Rafa. ¿Y si sólo son imaginaciones mías y José no sabe nada, y me obligo a tomar la decisión adecuada sin tener ganas de hacerlo? Si al menos me diera sólo una prueba de que lo sabe y de que debo presentarme ante Rafa para decirle que no, que no podemos seguir así porque José conoce lo nuestro, y porque yo misma me crea que es lo que conviene hacer. ¿Sabré resistir sus ruegos de seguir un poco más, sólo hasta después del verano y, luego, si eso, lo dejamos, Cariño, no te pido más que eso, porque no puedo vivir sin ti, que me vuelven loco tus caricias, que sí, que ya sé que tu vida es con José, pero no, espera sólo hasta después del verano...?

¿Cómo prescindir de todo lo que me hace sentir cada vez que estoy con él, para cambiarlo por lo razonable sin algo que me obligue a ello y que me fuerce a tomar la decisión que alguna vez deberé de tomar? Soy como una drogadicta que sabe lo que le conviene, pero que no tiene esa voluntad de hierro para enfrentarse al drama de no consumir, porque además de renunciar a lo que recibe de la droga, sabe que ya va a ser, de por vida, un no constante a sus deseos de volver, resistirse a su llamada y no dejarse caer por la pendiente placentera y fácil. Y la droga esperará paciente..., a la caída.

Qué poca fuerza tiene mi parte racional frente a la emocional que me ha llevado a esta complicada y maravillosa relación con Rafa.

Supongamos que rompo, que se lo digo aparentando que es un decisión que no tiene vuelta atrás por cuarenta mil razones que le podría dar. ¿Qué deseo, qué espero que haga él? Si lo aceptara resignado..., mal: me sentiría como una mierda sin valor por quien no merece la pena luchar, y a lo que yo le habría ayudado para desembarazarse de mí, porque puede que ya se haya cansado de esta relación y que sólo la prolongue al no saber cómo decírmelo. Pero tendría a José, eso sí, aunque a pesar mío porque sentiría que habría sido Rafa quien me habría dejado a mí, y no yo a él en un arrebato de sentido común.

¿Y si se resiste a ser abandonado..., qué hacer? ¿Qué hacer con José que sé que sí que me quiere, y como se debe de querer? Porque Rafa no me quiere. Le gusta estar conmigo, disfruta con todo lo que le hago y nos

hacemos..., pero no me quiere. Y yo, lo sé, pero estoy atada de pies y manos a él, sin que sepa muy bien quién maneja ese cepo, y quién lo podrá abrir si no soy yo.

"¿Qué te ocurre, Elena, que te has quedado tan pensativa? No sé, igual es que no sabes todavía si soy el amor de tu vida y por eso no te has decidido apostar por mí, por muy casados que estemos. ¿O es por los niños, que te he dicho de esperar ahora y que seas tú quien tome la decisión de si quieres que yo sea su padre?"

¿No te gustaría poder olvidarte de todo aquello que no es imprescindible, incluidas las horas de más que dedicas al trabajo, o a ir de tiendas, o cuando salimos por las noches con los amigos, y concentrar nuestras ilusiones, esfuerzos, sueños, o el sueño..., en los que podrían ser nuestros hijos? Ellos sí que serían realidades. Lo demás..., fantasías pasajeras de las que podemos o debemos prescindir. No quiero que me dejes, Elena. Seguro que tú sabes lo que yo siento por ti, porque, bueno, pues porque tú estás sintiendo algo parecido..., si no estoy equivocado", terminó con esa duda, JÓse.

¿Qué me ha querido decir con que yo estoy sintiendo algo parecido? ¿Se refiere con él mismo, o con Rafa? Yo creo que sospecha algo, y quiere sonsacarme la verdad. Pero podría esperar a que volviéramos a casa y tener estos días para yo poder reflexionar con tranquilidad.

Elena, ahora, no quería estar decidiendo sobre su vida, bajo la presión que sentía en la palabras de su marido, cargadas de razón y de sentido común; no podía contestarle con un sí que no sabía cómo manejarlo a la hora de hacerlo posible, dentro de sus dos realidades paralelas en las que vivía.

Sí, Elena necesitaba tiempo, ese tiempo que JÓse había dicho que le daba, en el que sopesar sus dos sentimientos ante dos hombres distintos o, simplemente, un plazo en el que no tener que tomar ninguna decisión porque cualquiera que tomara, sería mala. Así que se estaba sintiendo agobiada y, en esas condiciones, sabía que no debía contestarle sino con demoras para las que no tenía explicación que ofrecerle, porque desconocía que él ya hacía tiempo que estaba enterado de todo.

"Ten paciencia, Cariño, sé que se me pasará esta sensación que tengo como de estar perdida y que yo creo que en algún momento de nuestras vidas, nos pasa a casi todas las mujeres. Desde antes de nuestra pubertad, y tras años de querer ser siempre el centro de las miradas y los deseos de todos los hombres, elegimos a uno y..., de repente, nos quedamos como vacías, porque el instinto de gustar..., ahí lo seguimos teniendo, pero sin algo que le dé sentido. Da igual el hombre que tengas a tu lado porque los demás..., siguen existiendo para mostrarles quiénes y cómo somos..., aunque sin ninguna finalidad consciente. Y quieras que

no..., el atractivo de la seducción lo echamos en falta en medio de la calma que en la pareja se tiene. Solo que no es algo que solamos reconocer más que entre nosotras, y no con todas. Así que te pido que me sigas dando ese tiempo que necesito para aclararme, José", le dijo Elena.

"Vale, lo tendrás..., pero no te demores mucho en que me digas quién soy yo para ti, o quién quieres que sea. Esta situación no es fácil para mí, por mucho que intente comprender esos sentimientos tuyos que a veces creo que no consigues controlar. Hay una etapa para encontrar el camino de la vida y otra, para transitar por él. Que es lo que separa a la adolescencia y juventud..., de la madurez. Y ambos estamos en esta última, ¿no?", terminó José con esa interrogante negación, que eliminaba la aparente duda.

Creo que sabe que ya lo sé. Creo que tal vez es bueno enfrentarla a su contradicción para que tome partido y no escurra el bulto llevando esta doble vida sine die. También tiene que comportarse como la adulta que es, sin pretender querer llevar una vida de adolescente irresponsable, deshojando una margarita en la que no se le acaben nunca los pétalos blancos que ir arrancando, para así no enfrentarse ni al sí, ni al no.

Desde que estoy con ella, no he pasado por la ilusión de un amor como el que Elena siente por Rafael, porque ella es mi único amor para mí. La quiero hasta el punto ilógico de que me haga duelo que se quede sin esos momentos tan asombrosos que vivirá a mis espaldas con él, si tiene que prescindir de ellos sólo por una obligación hacia mí. Es..., no sé, como negarle algo a alguien a quien quieres mucho, aunque ese alguien lo esté deseando intensamente. Y, entonces, esa negación se vuelve impropia al amarla como yo la amo.

Ya sé que no es la forma habitual de enfrentarse a un problema así y que lo normal, lo que se oye que les ocurre a otros cuando estas cosas les salen a la luz, es que se rompen todos los vínculos porque la parte afectada no comprende, no puede comprender los motivos de la parte que ha traspasado esa barrera que se da por echada.

A mí, lo que me gustaría sería que ella dejara de desear su compañía y cortara. Y que tuviera el valor de decirme lo que ha estado haciendo y por qué. Y si no sabe el por qué, que es de lo más habitual, al menos, que me diga qué sentía cuando lo hacía y si le mereció la pena.

Sí, ya sé: ¿y después? Ese después que llega cuando todo lo hayamos hablado, cuando yo la haya perdonado ("perdonado", qué gilipollez), cuando todo vuelve a la calma y ella me redescubre como el amor único y real de su vida, y quiere recuperar cada polvo no echado, cada beso pospuesto, o cada caricia sin dibujar, con lo que borrar todos los que sí se echó o dio sin contar conmigo, y que la neblina de la desconfianza y el resquemor me puedan acompañar de por vida, empeñados en joderme la

felicidad con Elena.

No sé, este punto y aparte nuestro..., debería parecerse a cuando tú conoces a una mujer y, a partir de ahí, su vida amorosa anterior no cuenta porque con ella pones el contador a cero. ¿Será así, en el caso de una Elena reconvertida en adulta, en que yo pueda decir que la parte de su vida con Rafael ya no me importa, porque la hayamos reseteado?

No..., no será fácil pero debo de intentarlo. Elena me debe de elegir a mí o, mejor, deseo que me elija a mí. Es que no puede ser de otra manera, yo no la quiero obligada conmigo, sino libre. Y tengo el presentimiento de que será así. Todos estos años juntos..., han tenido que formar raíces en ella. Lo de Rafael, en cambio..., como las setas: vida corta, y sin raíces.

"¿Volvemos...?", le preguntó Elena cuando llegaron al primero de los espigones que dividían la playa en tramos para que durante las resacas del mar, no se llevara más arena de la que aportaba en cada ola.

"Vale..., volvamos, porque tampoco la temperatura está como para tirar cohetes", le contestó José. Y dando media vuelta, comenzaron a deshacer el camino andado. Hacían buena pareja, altos y guapos los dos, y con ese punto de esplendor físico que da la treintena.

Vaya, ahora que no puedo mirar el móvil, me está vibrando en la mano, y seguro que será Rafa. O las amigas, con lo pesadicas que son para no decir más que insulseces. Me tendría que salir del grupo, pero no sabría cómo explicárseles siendo que somos amigas desde el colegio. Y somos ocho, nada menos, que cuando no es una, es otra que tiene al chico con fiebre porque se le debió de enfriar en la guardería, que bien agudos que están para cobrarles por la calefacción.

Y otro más..., y sigue otro... O es Rafa, o son ellas: él, porque estará como una moto y querrá que yo le acelere otro poquito más; y si son ellas, porque se habrán encadenado en sus whatsapps. Nada, que hasta que no lleguemos a las sillas, no los podré mirar.

Qué plan el mío. Tiene razón José, que debo de madurar y afrontar la vida de otra manera, siempre eludiendo responsabilidades. Ya he rechazado en el trabajo, dos ofertas para ascender de categoría y ser jefa del negociado. Sé que podría hacerlo, que tengo capacitación suficiente, que ganaría más dinero, y que haría tareas más importantes. Me escudo en que el dinero me da igual pero, la realidad es que me da miedo la responsabilidad que implica. Y mis actuales compañeros, dejarían de serlo porque los cambiaría por los otros jefes de los demás negociados, que son con los que empezaría a tener cosas en común.

Amparada en JÓse, que me quiere a rabiar, vivo la vida loca, que dice la canción. Y con los hijos que él querría que tuviéramos..., tres cuartos de lo mismo: miedo a asumir esa responsabilidad de madre. Y voy repasando mi vida cuando me da por hacerlo... y me veo así, eligiendo siempre los caminos fáciles. Ya tenían razón mis padres cuando me lo decían. Ya no me lo dicen porque ahora creen que lo tengo todo. Mi estabilidad, es ese "todo" para ellos. Bueno, menos los niños, que están esperando que nos lleguen para saber qué es ser abuelos, claro.

Siguieron caminando hacia su lugar en la playa notando que el vientecillo volvía a levantarse y que el sol se velaba tras unas nubes de aspecto atormentado que reaparecían volando hacia ellos.

No hablaban, pensando cada uno en lo suyo que era mirar lo mismo pero cada uno desde su lado, e intentando adivinar qué veía el otro desde esa parte del paisaje.

La gente, ya estaba puesta en recoger sus cosas porque el aire arrastraba las primeras trazas de arena y comenzaba a ser molesto.

Arreció, y algunas sombrillas rodaban por la arena perseguidas por sus dueños. JÓse y Elena, aligeraron el paso por temor a que algo así le pasara a la suya y la temperatura bajaba anunciando que no tardaría en llover.

Cuando llegaron, la sombrilla aguantaba como podía y, en un momento, la recogieron junto con las sillas, metieron las toallas en las bolsas y regresaron al hotel, que quedaba justo a sus espaldas. Comenzó a llover, tras un primer trueno que precedió al meteoro. Ahora, ya al resguardo del hotel, subirían a su habitación, se ducharían, se arreglarían un poquito y bajarían al restaurante para cenar. Ese era el plan que tenían para la tarde noche, visto que no podrían ir a caminar por el paseo marítimo que separaba al pueblo, del mar.

En la habitación, seguía cada uno en sus pensamientos, sin apenas hablarse, mientras organizaban las cosas traídas de la playa. Se despojaron de su ropa de baño y JÓse, se quedó mirando a Elena, cuando ésta se quedó desnuda ante él, como si fuera la primera vez que la veía así. Estaba muy sexy con las marcas minis de su bikini.

"¿Qué pasa, JÓse..., ¿qué me miras?", le preguntó extrañada.

"Nada, que estás preciosa. Sólo eso. Ah..., y que me gustaría ducharme contigo", le contestó.

"Oh-oh..., eso suena muy tentador, si no estoy equivocada", le dijo ella

mirándole con picardía.

"Es..., muuy tentador. También podríamos llenar la bañera, y estar un rato allí, relajándonos. Vale, la lleno", y José, a continuación, abrió el grifo de la bañera y dejó que se fuera llenando. Y desnudos como estaban frente al espejo del baño que se iba empañando, el reflejo de sus figuras abrazadas y besándose, se fue desdibujando por la condensación.

Metidos dentro de aquella bañera tan grande, siguieron con todo el repertorio de caricias que conocían, dejando que el agua caliente de la ducha mantuviera sus cuerpos calientes. Fuera, en la zona central de la "U" que el edificio del hotel formaba cara el mar, caía el agua de la lluvia con fuerza y las palmeras se agitaban con el viento mientras unos empleados, embutidos en sus chubasqueros, recogían a toda prisa todas las mesas y sillas que formaban una gran terraza de bar y que el vendaval había comenzado a arrastrar hasta el borde de la piscina.

Ahora, que acababan de vivir su particular tormenta bajo el agua caliente de la ducha, José y Elena permanecían sentados y exhaustos dentro del agua de la bañera. Ella, apoyada su espalda sobre el pecho de José, descansaba con los ojos entornados y se dejaba abrazar por él, sintiendo los brazos sobre la carne acolchada de sus tetas que disfrutaban de ese suave contacto.

Qué bien se está así, deberíamos hacerlo más a menudo. Qué tierno es José a pesar de los músculos que tiene en estos brazos que me rodean, sujetándome como si tuviera miedo de que me fuera a ir. Ahora, no me iría ni de aquí, ni de él..., ni para cenar. Espero que se haya quedado agotado con lo que le he hecho, y se quede así mucho rato.

La verdad es que necesitaba esta demostración de su amor con la que parecía hacerme saber que quiere que permanezca con él, a pesar de todo. Como si supiera de mi otra vida pequeñita pero intensa, esperando paciente a que se agote por sí misma. Estando así..., creo que me sobraría Rafa. Creo.

Siento ternura por José, por esa paciencia conmigo, porque me conoce mejor que nadie y me adivina. No me lo ha dicho, o sí, seguro que con esas medias palabras que emplea me está diciendo que rompa con quien no me va a dar nada por mucha ilusión que yo ponga en esa relación que caducará cuando él se canse y me comience a dar largas para las siguientes citas que yo le pida porque, tal vez, ya haya conocido a otra que tiene un brillo distinto al mío, y que ha caído en su influjo.

Ummm..., qué gusto estos besos suaves que me está dando en el cuello, ahora mismo. Y me está bajando su mano por el vientre..., lo que me faltaba, Dios..., que pare por favor..., que pare..., no, no, no... que siga, que siga, que quiero sentir otra vez sus caricias de terciopelo a

veces, o de rudeza controlada, otras... sigue JÓse, sigue, hazme olvidar con ellas que existe ese otro hombre que no me quiere como tú. Que no me quiere.

Pero..., y cómo se ha puesto otra vez, qué pronto se ha recuperado el tío, y soy yo quien lo pone así, uff..., si no sé a dónde atender ni qué quiero sentir ahora, si las caricias o su carne. Y el anticonceptivo, sin tomármelo, como si jugando con fuego hace un rato no hubiera tenido bastante y ahora, otra vez, porque sólo con sus caricias, ya no me va a valer: si me quedo, que me quede...

"Es peligroso, Cariño, no sigas que no respondo de mí y me podría quedar embarazada si sigues, si es que no me has dejado embarazada antes. Espera..., espera..., que me doy la vuelta y me siento frente a ti, mejor..." le dijo ella, casi sin poder hablar del calor que le subía hasta la cara.

"¿Embarazada...? Eso sí que sería grave: a muchas parejas les pasa y se vuelven felices por culpa del resultado obtenido al dejarse llevar en un momento de arrebatos placenteros, que es lo que estamos a punto de cometer nosotros. Somos fuertes..., y sobreviviremos al peligro ese, ya lo verás, lo presiento..."

Dos veces se les enfrió el agua de la bañera. Dos veces tuvieron que volver a rellenarla. Tres veces hicieron el amor esa tarde-noche para asegurarse que el peligro fuera real y que seguían siendo ellos mismos, como antes de Rafael, o Rafa.

"¿Qué horas es, Cariño?", le preguntó Elena en medio de la modorra aquella, cuando ya le pareció que sí que sentía un poco de hambre.

"¡Si son las once. Y sin cenar! Ya habrán cerrado el restaurante. Joder..., cómo se nos ha pasado el rato, si estoy roto..." le dijo abrazándola muy fuerte. "¿Sabes qué podríamos hacer...? Nos quedamos aquí viendo la tele, y llamamos a la pizzería esa buena que vimos en el paseo, que nos manden una pizza con mucho queso. Y dos tarrinas de fresas con nata. En la nevera hay cervezas. ¿Quieres...? Y luego, a dormir, ¿eh...?, que por hoy, ya vale", le advirtió JÓse.

"Vale, eso quiero yo también porque tengo un hambre feroz. Supongo que esto de esta tarde no pueda dar origen a trillizos, tanto abusar..., tanto abusar", y se rió Elena con su propio chiste.

"¡Clink!", sonó el móvil de ella, que estaba sobre la mesa. JÓse, la miró fijamente sin querer ocultar que observaba lo que fuera a hacer y, ella, le mantuvo un poco la mirada, aunque sin reto. Fue hasta la mesa y sin mirar quién sería el remitente de lo que parecía la llegada de un whatsapp, cogió el móvil y lo echó en el cesto de la playa. JÓse, la veía de

espaldas, con la cabeza agachada y mirando el fondo del cesto, donde la lucecita azul, parpadeaba.

Se volvió hacia él y, sonriendo, le dijo:

"Vale, llama a la pizzería que tengo hambre. Me vendrá bien un extra de queso, que nunca se sabe lo que pueda necesitar comer a partir de esta noche. Nos tomamos las natas con fresa, nos bebemos una cerveza cada uno... y, después, te lo prometo, te contaré todo". Se acercó hasta él, le dio un beso largo y sólo añadió: "Gracias". Los ojos, le brillaban.

**F I N**